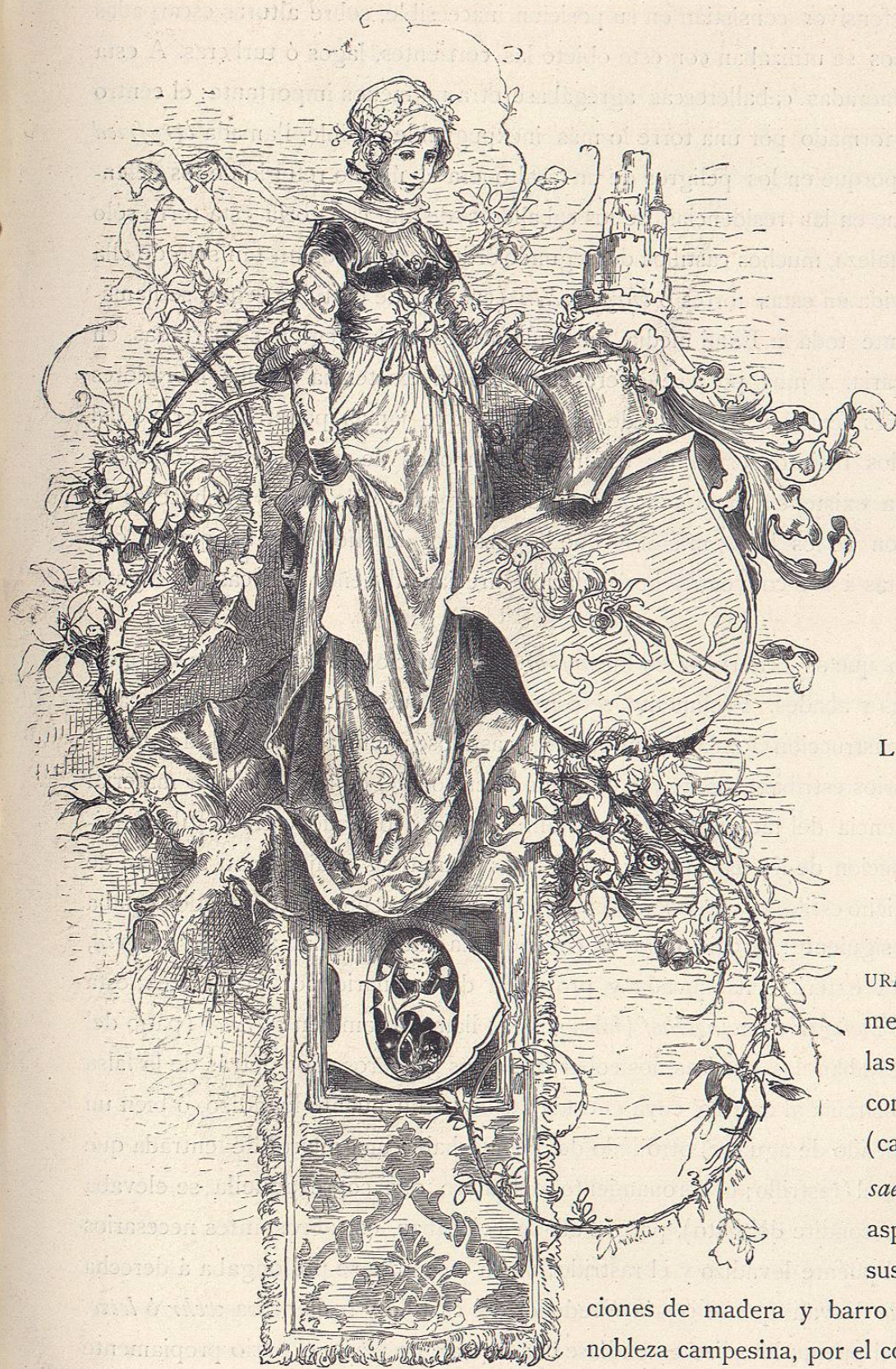


al servicio de Dios y del amor (*l'ordre de chavalerie*), creó un «mundo risueño y fantástico» en el que la clara luz del día fué sustituida por la «noche iluminada por la melancólica luz de la luna». Según la doctrina romántica toda la existencia, terrestre debía consumirse en deseos celestiales. Como era natural, este severo idealismo, en el cual volvió á reaparecer el ascetismo cristiano con su primitivo rigor, no era realizable, mas su influencia era bastante poderosa para penetrar en toda cultura superior; de tal modo que la idea de una caballería cristiana, acogida favorablemente, tuviera bastante tiempo una importancia histórica. Ya hemos indicado ántes lo que significaba en Alemania en los siglos x y xi un «caballero»: ahora añadiremos que desde el siglo xii se enlazó con esta palabra la idea de una caballería cristiana ideal que los cruzados alemanes trajeron á su patria al regresar de Palestina, donde habian conocido los caballeros españoles, franceses é italianos. Juntamente con las ideas, se dieron á conocer tambien las reglas y costumbres de la vida caballeresca del extranjero; y así como en otras partes, tampoco en Alemania vaciló la Iglesia en apoderarse y servirse de este nuevo fenómeno social; pues como producto de las Cruzadas, obedecía á un principio religioso.

Bajo el punto de vista ideal, era una institucion moral y social, pues comprendia en sí las relaciones del caballero con la Iglesia, con el Estado (ó sea con el señor feudal), con sus iguales y con el sexo femenino. En el sentido realista, empero, era una institucion de la nobleza, porque desde el siglo xii, el origen caballeresco, es decir, la ascendencia inmediata de un caballero era la primera condicion para ser considerado como tal, aunque se podia otorgar tambien este honor por excepcion á hombres que no eran de noble cuna. La caballería, en su calidad de tal, no daba derechos políticos como la nobleza alodial y feudal, y sí sólo ciertos privilegios honoríficos; pero como bajo el «honor de caballero» se comprendian ciertas cosas especiales, es decir, el honor en su más pura esencia, los hidalgos, tanto de la ciudad como de la aldea, los príncipes, y señores de pueblo, ansiaban participar de este honor de casta, siendo recibidos en una orden caballeresca. Para norma de los caballeros creóse un código apropiado, es decir una serie de leyes y reglas sobre el proceder caballeresco con caballeros y con damas. Este libro de reglas de «cortesía» es principalmente de origen francés, y como Francia era ya en la Edad media la que hacia adoptar generalmente sus modas á los países vecinos, introdujo tambien su doctrina caballeresca de costumbres y buen tono entre los alemanes, que la reformaron á su gusto, llamándola *haefischkeit* ó cortesía palaciega. Muy bien aplicado estaba el nombre, pues las cortes de los emperadores, reyes, duques, príncipes, condes y obispos eran los lugares preferidos para la vida caballeresca. La palabra *haefisch* (cortesano) no tenia entónces, sin embargo, la desfavorable y secundaria significacion que la damos hoy día, pues los hombres y las mujeres á quienes se aplicaba esta denominacion eran exactamente lo mismo que ahora comprendemos por un caballero y una dama instruidos.

La caballería, desde el pobre propietario de una casa señorial hasta el poderoso emperador, formaba con el clero superior en la Edad media lo que hoy día acostumbamos á llamar «sociedad» ó tambien el «gran mundo». A los círculos de esta sociedad, y sobre todo á los más nobles, refiérense las descripciones de costumbres que con tanta riqueza de colores nos pintan las epopeyas palaciegas y populares del período de la literatura bajo los Hohenstaufen.



## VI

## LOS CASTILLOS

## FEUDALES

URANTE el siglo xiii comenzaron los patricios de las ciudades alemanas á comunicar á sus *hoefen* (casas de labranza) ó *gesaessen* (residencias) un aspecto más espléndido, sustituyendo las construc-

ciones de madera y barro por las de piedra. La nobleza campesina, por el contrario, habíase visto obligada mucho ántes á construir residencias for-

tificadas, según lo exigian ó permitian las necesidades y medios de su categoría y de su fortuna. La diferencia principal en la edificacion de los castillos fundábase, como ya se comprenderá, en la naturaleza del suelo.

En la Alemania central y meridional, donde abundan las montañas y colinas, se construian por lo tanto castillos enclavados en la montaña, mientras que en las llanuras y terrenos pantanosos del norte de Alemania edificábanse con preferencia castillos rodeados de agua. En los

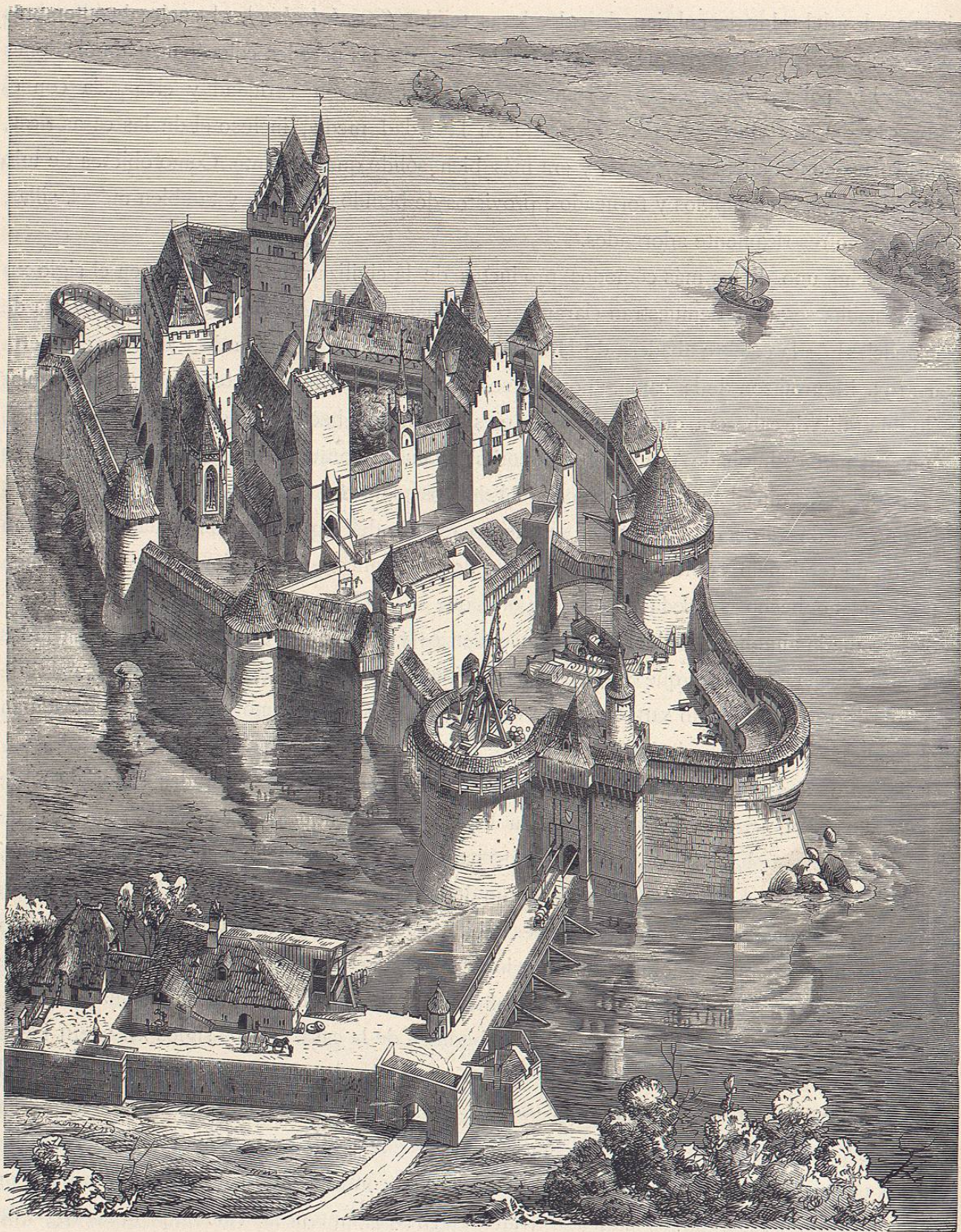
primeros, los medios defensivos consistían en su posición inaccesible, sobre alturas escarpadas y rocas; en los segundos se utilizaban con este objeto las corrientes, lagos ó turberas. A esta diferencia local de las moradas caballerescas agregábase otra no ménos importante: el centro de cada castillo estaba formado por una torre lo más inexpugnable posible, llamada *bergfried* (*berchfrit*, *berfredus*) porque en los peligros de un asalto era el último refugio de los defensores; pero mientras que en las residencias de los caballeros de alta categoría esta torre sólo formaba parte de la fortaleza, muchos castillos del segundo orden se componían tan sólo de ella y de una muralla. La vida en estas torres ó *burgstaellen* (cuadras de castillo) según se llamaban, fué sin duda durante toda la Edad media, particularmente en las regiones apartadas, en extremo mísera y solitaria, y muy poco se diferenciaría de la existencia de los labradores tributarios de los señores feudales. Bien puede asegurarse que jamás penetró un rayo del romanticismo en aquellos recintos estrechos, oscuros é incómodos de los castillos, donde las mujeres arrastraban una existencia monótona y penosa, encargadas sólo de los quehaceres de la casa y de la educación de los hijos, mientras que la caza, los desafíos, los banquetes con sus vecinos y las visitas á los conventos hospitalarios ofrecían al señor del castillo alguna diversion.

Muy distinto era lo que se observaba en los *hofburgen* ó palacios de los grandes barones, de los príncipes, obispos y abades. Fácilmente se comprenderá que de las condiciones locales dependía también la construcción fundamental de estos castillos; mientras que en la fortuna y poderío de sus propietarios estribaban la mayor ó menor extensión del edificio, el valor material y el grado de magnificencia del mobiliario. No obstante, habíase formado cierto estilo arquitectónico en la construcción de los castillos, cuyas formas primitivas reaparecían siempre de nuevo. Con arreglo á dicho estilo, el verdadero castillo feudal de los señores acomodados estaba construido del modo siguiente: circuía todo el edificio una muralla, llamada *die zingeln*, donde se veía la puerta exterior, flanqueada y protegida de ordinario por dos torres; esta puerta daba entrada al *zwinger* ó *zwingelhof* (falsa braga) llamada también *viehhof* (patio del ganado), porque aquí estaban las cuadras, los cobertizos y los graneros. Por detrás de la falsa braga un profundo foso circuía al castillo, cuya entrada facilitaba un puente levadizo, ó bien un bote, cuando estaba rodeado de agua; al otro lado del puente había una puerta de entrada que podía cerrarse bajando el rastrillo; el coronamiento del muro que sobre aquella se elevaba llamábase *windberge* (escondite del gato), porque allí se colocaban los cabrestantes necesarios para levantar y bajar el puente levadizo y el rastrillo; dicho escondite se prolongaba á derecha é izquierda en forma de desvan que se corría alrededor del castillo y se llamaba *wehr* ó *letze*. Por detrás del portal del puente levadizo extendíase una especie de plaza, el patio propiamente dicho del castillo, llamado también «patio de honor»; en cuyo centro veíanse cuadros de césped y flores, un pozo y un tilo, árbol favorito de nuestros antepasados, pues no sólo las poesías cortesanas sino también los cantos populares le designan como tal. Este patio estaba rodeado de los diversos cuerpos de edificio del castillo; la capilla, la cocina, la bodega, el torreón y el *palas* (de *palatium*, palacio). Este palas, ó «casa señorial», era la habitación de los señores, donde también se celebraban los festejos: constaba de un gran salón, que hoy día designaríamos con el nombre de sala de recibir, y varios cuartos llamados *kemenaten*. En caso de fiesta,

las paredes del salón se cubrían de colgaduras tejidas (*rueckelachen*); el suelo de alfombras y flores; y sobre los bancos que se corrían á lo largo de las paredes colocábanse almohadones (*kulter*) y cojines (*pflumiten*). El mobiliario aumentaba en variedad y elegancia con el progreso de la civilización; pero el usado en la Edad media, incluso el de las casas ricas, construía-se con madera muy dura, y era más bien sólido que elegante. Como objetos de lujo usábanse sillones esculpidos y torneados, provistos de blandos cojines, y también mesas, sillas, bancos y cofres ricamente adornados.

El lecho, uno de los más cómodos productos de la civilización, era todavía en el siglo XII muy sencillo, según lo demuestran claramente las imágenes del *Hortus deliciarum* (Huerta de las delicias) de la célebre abadesa de Hohenburgo, en Alsacia, Herrada de Landsberg, muerta en 1195. La armazón de la cama, apoyada sobre cuatro piés muy toscos, tenía por lo regular sólo una tabla de cabecera, que faltaba en los piés; un colchón, hecho con lienzo blanco ó de color, y una pequeña almohada cuadrangular, completaban el conjunto de este mueble; nuestros antepasados descansaban en él vestidos y cubriéndose sólo con el manto. Wolfram de Eschenbach nos ha descrito en su «Parzival» un lecho de lujo del siglo XIII: componíase de un gran colchón de terciopelo cubierto con dos lienzos de hilo blanco como la nieve, y de otro colchón más pequeño hecho con seda bordada de oro, que se apoyaba contra la cabecera del lecho; en él estaba la almohada, cubierta de blanco lienzo; y un manto orlado de armiño hacia las veces de colcha. A medida que el lecho se perfeccionaba y era más abrigado, aligerábase el traje de dormir, y desde el siglo XIII hasta el XV, tanto los caballeros como las damas se acostaban del todo desnudos (*Kleirderbloz*).

Excepto el salón, la mayor parte de las habitaciones en las «moradas señoriales» de los castillos eran pequeñas y bajas y tenían las paredes blanqueadas con cal ó revestidas de madera. La casa ó habitación de las mujeres hallábase en el palacio mismo ó dependía de él, denominándose la *Kemenate* (en el lenguaje de entónces, «el secreto de las mujeres»). Este departamento constaba por lo ménos de tres habitaciones: la de la familia, que al mismo tiempo servía de alcoba para la señora; el dormitorio de las criadas; y, en fin, el cuarto de labor, donde la señora y su servidumbre ejecutaban los muchos trabajos que les estaban confiados, entre ellos la confección de las ropas de todos los habitantes de la casa. En los siglos XII y XIII hasta las princesas cumplían en un todo este deber, según lo demuestra el siguiente pasaje del «Sexto episodio» del canto de los *Nibelungen*: «Entónces el rey Gunther hizo anunciar á su hermana que él y Sigifredo querían visitarla. La doncella recibió á los dos señores con mucho decoro, preguntándoles cuáles eran sus deseos, á lo cual contestó Gunther: Queremos viajar por países remotos, y necesitamos para ello trajes elegantes. Entónces la noble princesa cogió de las manos á los dos héroes, condújoles á un rico sillón acolchado, y cuando hubieron tomado asiento, el rey dijo: Querida hermana, tú debes ayudarnos, pues queremos salir en busca de aventuras al país de Brunequilda, á cuya señora será preciso presentarnos con espléndidez. Con este objeto nos facilitarás á mí, á Sigifredo, á Dankwart y á Hagen cuatro diferentes trajes, á fin de que no tengamos que ocultar el rostro en la corte de Brunequilda. A lo que contestó Kriemhilda: Haré por vosotros todo cuanto pueda. Despues se despidieron de ella los señores, y la hermosa reina llamó á su kemenate treinta criadas, las más hábiles para tal obra. En seda



CASTILLO FEUDAL CONSTRUIDO EN UNA LAGUNA

de Arabia, blanca como la nieve, y en otra de Zazamanca, verde como el trébol, sujetaron piedras preciosas por medio de bordados con su propia mano, la sublime Kriemhilda cortó los vestidos, en cuya confeccion no se economizaron ni el oro ni el armiño; y en siete semanas, las graciosas doncellas terminaron la penosa obra.»

Los géneros para vestir llegaron á ofrecer desde el siglo XII una notable variedad, mejorándose al mismo tiempo mucho los tejidos, porque la importacion de Italia, España, Bizancio



PATIO DE HONOR DE UN CASTILLO FEUDAL

y Asia estimulaba tambien á la industria del país á competir en inventos y mejoras. Ambos sexos vestian ropas de lino, lana y seda; el lino que más se apreciaba era el llamado *saben*, fabricado en telares bizantinos; los géneros de seda de muchas clases de tejido y de color designábanse con el nombre de *pfellel*, *baldkin*, *siglat*, *palmat*, *púrpura* y *zindal*; los géneros de lana eran los llamados *barragan*, *brunat*, *buckeram*, *diasper*, *fritschal*, *camelote*, *escarlata* y *sei*. Nuestros antepasados se abastecian en los bosques de las pieles que tanto se usaban entónces, pues en las selvas abundaban el zorro, el lobo, el oso, la cibelina y la marta; miéntras que en las corrientes el castor aumentaba sus colonias.